

Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931) *

Angel BAHAMONDE MAGRO
Departamento de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense. Madrid

Todo buen manual debe responder a tres exigencias: claridad expositiva, continuidad temática y rigurosidad metodológica. Todo buen manual debe ser, por tanto, una densa síntesis que reúna y esclarezca el *estado actual de la cuestión* sobre el tema tratado a lo largo de sus páginas.

Una primera y provisional conclusión permite afirmar que el tomo XXXVII de la «Historia de España», dirigida en la actualidad por el profesor José María Jover Zamora ofrece estas características, a pesar del desfase existente entre la realización de los trabajos y su publicación y, a pesar también, de la diversa procedencia ideológica de los tres autores que no impone divergencias sustanciales. En este caso la unidad temática queda asegurada por la búsqueda de un objetivo común: el cambio estructural. «El gran asunto escribe en el prólogo el profesor Manuel Tuñón de Lara— que abordamos en este libro es el de tomar las estructuras tal como quedaban en la incierta coyuntura de finales del XIX y enfrentarse con el gran problema de si cambian o no cambian o pueden cambiar durante los primeros treinta y un años del siglo; todo ello en función de las distintas coyunturas puesto que ellas catalizan los posibles factores del cambio.»

Seguramente, la aportación de Manuel Tuñón de Lara levantará críticas. En un momento en el que asistimos al asalto ideológico de la interpretación materialista de la historia, en todas sus variantes—muchas de ellas además en crisis—, por parte de la Nueva Historia, de los cliometras o de cualquiera de las corrientes denominadas neoliberales, la línea interpretativa que nos propone Tuñón traerá

* Tomo XXXVII de la *Historia de España* de R. Menéndez Pidal, por M. Tuñón de Lara, J. L. García Delgado, J. Sánchez Jiménez, Madrid, Espasa Calpe, 1984, 711 págs.

consigo la polémica. Aventuramos los adjetivos que dedicarán al trabajo de Tuñón: rigidez del modelo, apriorismo ideológico, abstracción excesiva... Y, sin embargo, se trata de un esquema de interpretación perfectamente operativo. Buscar el cambio estructural no tiene porque suponer ni mucho menos caer en un estructuralismo especulativo que olvida la base empírica. En el caso que nos ocupa, si bien es cierto que los residuos de corte althusseriano todavía afloran con vigor, la incorporación conceptual gramsciana conforma un sólido andamiaje metodológico que huye del fútil positivismo casi siempre vaciado en una sucesión de relaciones causa-efecto enmarcadas en el tiempo corto. Tuñón de Lara hace un estimable esfuerzo por conseguir esta máxima deseada: el diálogo continuado y dialéctico entre el concepto y el instrumento empírico, que aquí cristaliza en diálogo entre la coyuntura y la estructura, en contraste entre el ciclo corto y el tiempo largo; de ahí el cuidado en la periodización.

Para Tuñón, la dinámica de clases en el primer tercio de nuestro siglo gira en torno a la crisis del sistema sociopolítico de la Restauración. Metodológicamente, pues, se intenta evitar la fácil y socorrida identificación entre estructura de clases y cuantificación socio-profesional, aunque ésta se tenga en cuenta como elemento de análisis. Lo importante es la función social por encima de la categorización socio-profesional. Esto nos recuerda lo insuficiente que resulta abordar, por ejemplo, el tema de la revolución burguesa, sobre la base de cuantificar, como factor último de definición, la cantidad de individuos de profesiones burguesas o afines que toman asiento en los aparatos de poder y de decisión. Así, al plantearse la intensificación de tendencias pretorianas dentro del Ejército —en íntima conexión con la derrota colonial y la guerra de África, pero que también entronca directamente con la crisis del Estado y es reflejo de ella— Tuñón prefiere deslindar lo que significa que determinado número de militares actúen en política a título personal al hecho de que se constituyan *centros reales* de decisión a nivel colectivo que cada vez se deslizan más por un camino anticonstitucional. -----

En suma, el núcleo central explicativo de la dinámica de los grupos sociales reside en la crisis de hegemonía de bloque dominante entendida a la manera de Poulantzas con retoques gramscianos: «Existe tal crisis a partir del momento en que los partidos clásicos del bloque dominante, en su forma habitual de organización y con sus dirigentes, dejan de ser reconocidos como expresión de su propia clase o fracción de clase, es decir, que deja de producirse el fenómeno de consentimiento o aceptación de un sistema político y social por parte de las bases. Es lo que también se suele llamar crisis de autoridad.» Una crisis orgánica que se aventura ya en el primer decenio del siglo para estallar de forma irreversible a partir de 1914 hasta

desembocar en la dictadura de Primo de Rivera, definida por Tuñón, no como un pronunciamiento más —aunque formalmente subsistan rasgos de los viejos pronunciamientos decimonónicos—, sino por un conjunto de factores que se articulan en el tiempo largo y en el ciclo corto: «El intento de solucionar por la fuerza la crisis de hegemonía del bloque dominante que, por añadidura, se estaba convirtiendo en crisis de Estado.» Entendemos el mensaje de Tuñón en este sentido: la dictadura primoriverista sería el crisol donde se funden los fracasos de los distintos elementos que componen el cuerpo social para imponer sus soluciones. La dictadura representa el fracaso del bloque dominante por recomponer su hegemonía al modo consustancial; el fracaso de la *otra burguesía* ejemplificado en la frustración reformista de Melquiades Álvarez y de un alto porcentaje de la intelectualidad liberal en el ensayo de materializar soluciones propias o de reequilibrar el bloque de poder. Y, por último, refleja la incapacidad de la clase obrera organizada —cuya pujanza va más lejos de lo que indican los viciados resultados electorales— para formar un bloque social que ofreciese una alternativa de poder. En todo caso, la dictadura de Primo de Rivera —y en esto coinciden Tuñón de Lara y García Delgado— sirvió para asegurar la reproducción del modelo de acumulación en su pleno contenido social y económico.

José Luis García Delgado se mueve ya en un terreno suficientemente conocido por él. En buena medida, pues, lo que nos ofrece a los largo de las 171 páginas de su aportación titulada «La industrialización española en el primer tercio del siglo XX», es una síntesis de sus propias conclusiones suficientemente fundamentadas y elaboradas en trabajos anteriores ampliamente divulgados. Se trata, por tanto, de un modelo que ya conocemos en sus rasgos básicos: el viraje nacionalista, favorecido por la crisis finisecular, persigue variar el rumbo del capitalismo español, superar las distorsiones provocadas por la subordinación anterior al capital extranjero y sentar las bases que posibilitem un crecimiento económico autocentrado. Este ensayo de economía nacional está auspiciado por el intervencionismo estatal que establece el marco impulsor del modelo: asignación de recursos, proteccionismo arancelario y un cuerpo legislativo tendente a rescatar o a reservar recursos internos para el capital nacional. La repatriación de capitales antillanos y los beneficios obtenidos durante la primera guerra mundial son nuevos factores de aceleración que agilizan las transformaciones: constitución de una red bancaria nacional, confirmación del capitalismo financiero, avances en la industrialización sujeta a desequilibrios por la aparición de empresas marginales de vida coyuntural. Todo ello en un contexto de desarrollo capitalista desigual y de reparto regresivo de la renta que mantiene en un nivel raquíutico el mercado interior. La dictadura de Primo de Rivera ven-

dría a ser la consolidación de esa vía nacionalista; es decir, no existe ruptura entre la política económica anterior a Primo de Rivera y la de la dictadura. En este aspecto el corporativismo y el incremento del intervencionismo estatal de este período se encardinaban en unas coordinadas preexistentes. Por otro lado, las contradicciones que estallan en la marcha económica de la dictadura muestran una vez más la incapacidad correctora del bloque social dominante al igual que sucede en el plano político. La estrategia económica de la dictadura para mantenerse a largo plazo exigía un mínimo de transformaciones estructurales, y entre ellas la reforma fiscal que nutriese las arcas del Estado intervencionista, que no pasaron del mero proyecto. En realidad, la culminación de este nacionalismo económico supera los límites cronológicos del presente volumen: habría que situarlo durante la autarquía franquista, cuyos resultados coadyubarán a la acumulación de los años sesenta.

En sustancia, el esquema propuesto por García Delgado se ajusta a una realidad analizada empíricamente de forma exhaustiva. Por mucho que últimamente se minusvalore las posibles consecuencias negativas de las masivas entradas de capital extranjero en las décadas centrales del siglo XIX, habrá que continuar aceptando, como algo más que un *a priori* ideológico, los desfases ocasionados por el control de sectores y recursos básicos por parte del capital extranjero. El viraje nacionalista tendría como objetivo último corregir esas distorsiones. No obstante aparecen dos puntos débiles en la argumentación: los efectos de la crisis agraria finisecular, hoy en día cuestionada, y la repatriación de capitales antillanos, cuya magnitud real todavía desconocemos.

Nuestro acervo en historia social está descompensado. Si hiciéramos un balance de la producción historiográfica en este campo, sería muy fácil observar la concentración del esfuerzo investigador en un abanico muy reducido de temas entre los que se lleva la palma el análisis de la élite del movimiento obrero. Hemos tenido que esperar épocas muy recientes para que se diera esta necesaria diversificación temática que concediera una mayor atención a los fenómenos demográficos, a la historia rural o a la específicamente urbana —y no basta con decir que todo análisis histórico es por definición rural o urbano—. Otro tanto cabría decir de la historia de las mentalidades o de lo ambiguamente denominado vida cotidiana, que no tienen porque constreñirse a los parámetros marcados por la nueva historia; ahí están las líneas abiertas por Hobsbawm y Thompson para demostrarlo.

Por todo ello, las páginas que dedica el profesor Sánchez Jiménez —especialista en las formas de vida rural— a estas cuestiones, «la población, el campo y las ciudades», casi pueden catalogarse de

pioneras en su género. Desde unas pautas interpretativas más eclécticas que las de los otros dos autores ya comentados, Sánchez Jiménez nos proporciona una rigurosa puesta a punto de la evolución demográfica en el marco temporal del primer tercio de siglo, de las migraciones interiores y exteriores, de la cuestión rural y de los problemas humanos y económicos del campesinado, y, por último, de la estructura y configuración de los espacios urbanos con los cambios mentales y sociales que la urbanización conlleva. Sin lugar a dudas, la aportación de Sánchez Jiménez responde en puridad a lo que entendemos como estado actual de la cuestión, dado el exhaustivo bagaje bibliográfico y de fuentes de archivo consultados. Su propuesta metodológica avala la rigurosidad de los contenidos: «las variaciones en el crecimiento de la población no son simples, y se hace necesario para que su estudio sea completo a la vez que real y útil, y desde el mismo se comprendan y expliquen los fenómenos del presente, la atención a sus componentes, la organización social que el colectivo humano vive, su interacción con el medio ambiente, y la intervención, la influencia de un conjunto de fenómenos y de hechos no estrictamente demográficos, desde los puramente tecnológicos hasta los más específicamente políticos e ideológicos». Es decir, la dinámica de la población en todas sus múltiples facetas es un fenómeno estructural y como tal, hay que analizarlo. Se da, pues, una correlación perfecta entre las ralentizadas transformaciones sociales y económicas y el lento caminar hacia la modernización demográfica. En este aspecto, existe un profundo desfase entre el tiempo europeo y el tiempo español. No obstante, a lo largo del primer tercio del siglo —que el autor separa por la bisetriz de la epidemia de riña mal llamada española, sin que ello presuponga considerar a la muerte casi astronómica como factor básico de explicación de las altas tasas de mortalidad que se derivan, insistimos, de condiciones estructurales—, Sánchez Jiménez atisba los indicios del cambio demográfico: disminución de la mortalidad, paralela caída de las tasas de mortalidad que, conforme avanza el período responde más a criterios voluntarios sobre todo en los centros urbanos, todo ello en un contexto de transferencias de población rural —además de la potencial pérdida económica de las emigraciones exteriores— a los núcleos en proceso de industrialización o a Madrid, donde se generan nuevas formas de vida material o mental y nuevas formas de conflictividad en estrecha relación con la especialización social del espacio urbano. Este mayor dinamismo urbano contrasta con el *peso de la tradición* en un mundo rural que Sánchez Jiménez analiza apoyándose en un abrumador aparato empírico en gran medida inédito que le permite elaborar un esquema donde se conjugan el análisis estructural y la evolución de la coyuntura a la par que reúne, con un meritorio esfuerzo de integración, en un

mismo contexto comprensivo los diferentes niveles del análisis: adaptación al medio, estructura de la propiedad, insuficiencia de la capitalización, aplicaciones técnicas, formas de vida material, interacción campo ciudad, política agraria e incumplimiento de la legislación, influencia de las coyunturas... Las conclusiones son rotundas: la relatividad de los cambios. En el plano estructural, las mutaciones son escasas, aunque la producción —en un modelo más bien extensivo— se intensifique y la oferta tienda a diversificarse.

En definitiva, estamos ante una obra útil, rigurosa e integradora, la más completa sobre el primer tercio de nuestro siglo, perfectamente ilustrada, pero cuyo alto precio la convertirá en libro de minorías.